
Luigi MEZZADRI*Benedetto XVI e la Chiesa incompiuta*

Tau, Todi 2021, 207 pp.

El autor ha sido profesor de historia de la Iglesia en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y, como él confiesa en las primeras páginas, no era un entusiasta partidario de Joseph Ratzinger como sucesor de Pedro, aunque el decurso de los acontecimientos le hicieron ir cambiando

de opinión. Su tesis central es que «el pontificado de Benedicto XVI no fue un fracaso sino algo inacabado. Nos ha dejado tesoros para la teología, la espiritualidad, la santidad. Ha habido elecciones infelices. Las personas y los tiempos no han sido siempre bien entendidos. Ha dejado sitio

para un pontificado distinto, que esperaba desde hace años, y que se concluirá de un modo inacabado. Las personas pasan. Tanto en la Iglesia como entre sus críticos. La Iglesia permanece incompleta» (p. 24). Mezzadri ofrece con un estilo breve y esencial, ágil y directo, un agudo análisis de los hitos principales del pontificado de Benedicto XVI.

Si bien intercala los datos con las opiniones personales, acompañado de felices imágenes y comparaciones propias de un buen profesor, mantiene en ocasiones su distancia respecto al pensamiento de Ratzinger. La línea que sigue es la trazada por la Escuela de Bolonia de Giuseppe Alberigo y Alberto Melloni. Sí que desdice algo del texto algunas imprecisiones biográficas, aunque conoce bien la vida del papa emérito, recientemente fallecido. También entiende su actitud. En este sentido, aprecia el cambio epocal que supone la figura de un obispo de Roma emérito, tal como lo ha trazado Benedicto XVI. Ciertamente, el texto es una crónica selectiva del pontificado, sin ninguna pretensión de exhaustividad, en la que se deja traslucir su propia orientación ideológica, según la cual el neoliberalismo sería la fuente de todos los males. En este sentido, el análisis no sería tan picapaz como el balance –desigual,

imperfecto, inacabado– que ofrece de los ocho años en que el papa Ratzinger ocupó la sede petrina.

En definitiva, con este texto y con el fallecimiento del primer papa emérito de la historia, se puede hacer un análisis más en profundidad. Pero el autor entiende que las reformas incoadas por Benedicto XVI y continuadas por el papa Francisco ofrecen el comienzo de una época en la Iglesia. A veces el marcado tono casi ideológico puede hacer pensar que no entiende bien la idea de reforma tal como propugna el *Ecclesia semper purificanda* de la constitución conciliar *Lumen Gentium* (n. 8), pero la sensibilidad espiritual y el sentido eclesial le permiten ver por encima de estas quizá legítimas diferencias que las reformas introducidas por el papa alemán y, en especial, el gesto de la renuncia son «para el bien de la Iglesia», tal como recordó Benedicto XVI. Así, con este análisis histórico, nos empezamos a alejar de los clichés periodísticos y adquirimos la suficiente perspectiva histórica para valorar estos ocho años de pontificado, que no son en absoluto de mera transición. Con la muerte del papa emérito parece que esta idea empieza a estar presente incluso en la opinión pública.

Pablo BLANCO SARTO
Universidad de Navarra